

## MONÓLOGOS DE HUMOR, SEXO Y OTRAS ELUCUBRACIONES

ESCENOGRAFÍA : UN CUBO, UNA FREGONA, UNA ESCOBA, UNA SILLA, UNA MESITA

VESTUARIO : UN VESTIDO MONO, EL QUE QUIERA LA ACTRIZ Y, SOBRE ÉSTE, BATA DE BUATINÉ HORROROSA, PELUCA CON RULOS, GAFAS ANTIGUAS CULO BOTELLA, ALGO INFLABLE PARA HACER GORDA, GUANTES DE GOMA,

LA ACTRIZ SALE POR EL PATIO DE BUTACAS CON UNA ESCOBA CON LA QUE VA BARRIENDO EL SUELO HACIENDO QUE LA GENTE SE SEPRE; VAMOS, MOLESTANDO. LUEGO, SE SUBE AL ESCENARIO Y HABLA CON ACENTO ANDALUZ (aunque vaya redactado en castellano):

Hija, aquí estoy, hecha polvo. Todo el día en la casa y con lo justito para sobrevivir... Vamos, que una no puede ni ir a la peluquería, ni al cine, y mucho menos al gimnasio. Pero, como yo soy así, me he montado mi propio sistema para ejercitar mis músculos sin salir de casa. Claro que, para ello es imprescindible planificar cada una de las tareas rutinarias.

Aunque no lo creas, si sigues mis consejos, el resultado puede llegar a ser ¡fantástico!, con la ventaja de la pasta que te ahorras entre el gimnasio y la asistenta.

Normas a seguir: Primero: en lugar de sacar la aspiradora —lo que, en confianza, es un auténtico coñazo— toma en tus manos la escoba, pon un vals en el CD y empieza a moverte siguiendo el ritmo marcado (*canturrea el vals y los baila*):

paso a la derecha, paso a la izquierda y vuelta....

paso a la derecha, paso a la izquierda y vuelta....

En un plis plas, la casa barrida y tus piernas torneadas.

Segundo: Asalta el baño armada de estropajo y el ajax y, sin doblar las rodillas, restriega profundamente la porcelana de la bañera, el inodoro y el bidet (*simula la limpieza*) perfecto ejercicio para los músculos abdominales, los gemelos y el sartorio... eso es lo que dice internet, pero a saber lo que es...

Tercero: Con papel de periódico y el producto adecuado, limpia los cristales más altos sin subirte, claro está, a sitio alguno —lo que, por otro lado,

Es muy peligroso— (*simula la acción de empinarse a limpiar cristales*). De esta forma realizarás un amplio ejercicio

de estiramiento potenciando trapecios, dorsales y serrato mayor.-dilo lo mismo que antes. Lo dice internet y yo, pues lo repito.

Cuarto : Llena un cubo con agua, in olvidar de añadir el detergente apropiado y un buen chorro de cera. Moja la fregona y escúrrela con fuerza para que trabajen a tope tus bíceps. Luego, sin soltar el palo, como si el de un hombre se tratara... (*canturrea salsa*) muévete a ritmo de salsa: dos pasitos p'acá, dos pasitos p'allá y vuelta... dos pasitos p'acá, dos pasitos p'allá y vuelta...

Dejarás el suelo limpiísimo, mientras se fortalecen el tibial inferior y los músculos faciales (porque también sonreirás, que es muy sano)

Quinto: Complemento al pasado ejercicio será colocar bajo tus pies dos trozos de gamuza o lana (*se los coloca y simula moverse con ellos por la casa*), con lo que la

cera añadida previamente al agua, hará que el suelo brille como un espejo. Si recorres, como en el esquí de fondo, toda la casa, estarás ejercitando los músculos de cintura, caderas y glúteossss

Para ello pondrás un rock en el CD (*canturreea roock rroud the clock*) que seguirás, sin descansar ni un segundo hasta que acabe. Te aseguro que eliminarás toxinas y te sentirás como nueva.

Sexto: Cuando laves la ropa no dejes que se complete el programa de centrifugado. Tiéndela cuando todavía esté mojada. ¡Qué fantástico ejercicio para brazos y cintura!

Septimo: La compra, la comida, el lavavajillas, la plancha, el cuidado de los niños también pueden ser motivo de ejercicio. Concéntrate y piénsalo. Luego, cuando llegue tu marido y, casi sin saludar, se siente a la mesa, haga el consabido comentario negativo sobre la comida y se disponga a leer el periódico, habrá llegado el momento de poner en práctica una PROFUNDA RELAJACIÓN.

INTRODUCCIÓN AL SIGUIENTE MONÓLOGO:  
MIENTRAS SE VA QUITANDO LA ROPA DE AMA DE CASA  
FRUSTRADA DICE:

-

Mi amiga Ana, ya mayorcita, ya divorciada, ya madre emancipada, ¡Ha ligado! Lo cierto es que es bastante fea, y no muy simpática. Por supuesto, mucho mayor que yo. Me crucé con Ana y con su ligue la otra tarde, en el cine. Iban tomados de la mano como dos tortolitos. Ella, la verdad, resultaba patética con el escaso pelo teñido de caoba, esas bolsas bajo los ojos esos michelines que no puede disimular. En cambio él, con su amplia barba, algo de melenita; sus patillas canosas, ni gordo ni flaco: parece uno de esos intelectuales de izquierdas que tanto me gustan.

¡Algo malo tendrá, digo yo! Seguramente divorciado, Seguramente en paro, seguramente con hijos a su cargo...

Y, no es envidia, no. Ni mucho menos... Bueno, un poco sí; pero envidia de la sana. La crítica que hago es por supuesto, totalmente constructiva.

Porque, sin duda alguna, Ana es mi mejor amiga.

Tras dos lustros de matrimonio insípido y un trabajo alienante decidió pedir un año sabático. Con lo ahorrado se fue a Jamaica. Nada más aterrizar, se sintió a gusto. Los meses fueron deslizándose sublimes: sumergió, día y noche, su cuerpo en aguas cálidas y transparentes, comió frutas dulces y jugosas y practicó, bajo las estrellas, a ritmo de Reggae, un amor inventado, siempre con un hombre distinto, incluso con alguna nativa de piel suave. Uno de sus amantes le enseñó a enfilear collares con trocitos de nácar y conchas de luz. ¡Nunca había sido tan feliz!

Al cabo del año, tuvo que volver. Nadie la esperaba en el aeropuerto  
Tomó un taxi, abrió la puerta de su casa y pasó directamente al salón donde,  
el ahora todavía más sórdido marido, se deleitaba con un partido de tenis  
Federer-Nadal.

Naturalmente no reconoció a su mujer en aquél extraño ser de tez tostada,  
con rastas a lo Bob Marley, pantalones naranja de tiro bajo, una blusa salpicada  
de exóticos pájaros y mochila a la espalda. Se quedó boquiabierto al percatarse,  
finalmente, de que era la misma que saliera de casa un año atrás,  
embutida en un elegante traje de chaqueta, con sus tacones de aguja  
y su juego de maletas de Louis Vuitton. “¿Se puede saber qué te han hecho por  
esos mundos? ¡Pareces una pordiosera!”

Ella, sonriendo levemente, se miró, con sosiego, en un ridículo espejo de plástico dorado, y se gustó. Sin soltar la mochila, giró sobre sus talones, enfrentó la crítica mirada de su esposo y dijo: “ No me esperes a cenar”. Segura de sí misma, abandonó la siniestra casa para siempre.

En Jamaica le aguardaba un jubileo de sol, de mar y de libélulas azules...

¡Imposible! Nunca conseguirás que te haga un tiramisú.

Mis amigas, sí... Todas lo hacen y lo hacen bien.

Te invitan a cenar y, siempre, ¡el dichoso tiramisú!

Pero yo no; lo siento. No estoy dispuesta a caer en la tentación.

De entrada, no me gusta ni el nombre: “ti-ra-mi-sú”: “pase misí, pase misá...”

¡Ridículo! Así es que, no insistas. Puedo cocinar para ti lo que desees...

Pero...Nunca me pidas que te haga un ti-ra-mi-sú.

Era tarde cuando llamó a su puerta sin previo aviso y la encontró desnuda bajo una insinuante bata de seda. ¿Qué culpa tenía ella de que Luis se empeñara en quedarse a cenar, a pesar de que Juan, su mejor amigo, estuviera en Albacete?

¿Qué culpa tenía ella de que, tras la cena, él empezara a insinuarse con ese encanto natural que le caracterizaba?

¡Tampoco tenía la culpa de que la lengua de Juan se recreara en su cuello y en sus orejas, sus zonas más erógenas!

¿De qué podía sentirse culpable

si luego, como si de una pluma se tratara, la tomó en sus brazos,  
la depositó en la cama matrimonial y le arrancó, con un ímpetu inusitado,  
la bata de seda?

Él lo hizo todo. Ella, tan sólo se dejó amar con el furor de un deseo antiguo.  
Cierto es que no opuso la menor resistencia y cierto es también que disfrutó,  
sin sentirse mínimamente culpable.

Lo impresionante fue que Juan, el amigo de Luis y, por más señas, su marido,  
entrara en la habitación cuando ellos estaban en pleno éxtasis hormonal.

Y, mucho más impresionante todavía que, tras mirarlos durante unos segundos,  
no sacara el cuchillo vengador, ni montara en cólera y, ni siquiera llegara a  
insultarles.

Lo que sí puede tacharse de realmente increíble es que empezara a desnudarse, despacio, sin hacer ruido y se sumara a la orgía.

Luis no pareció sorprenderse. Ella sí, pero no dijo nada, dejándose amar por partida doble.

Desde aquella noche incandescente, inventaron entre los tres mil juegos deliciosos donde, naturalmente, ella era la reina.

Su ego se encaramó a las cimas más altas; también, su autoestima.

Lo mismo le ocurrió a Juan y a Luis, su mejor amigo.

Nunca llegaron a analizar la situación. No hizo falta; la armonía era total.

Ella pensó que, posiblemente, lo tuvieran todo planeado, pero no se molestó en preguntar.

¿Por qué iba a hacerlo si formaban un « ménage à trois » perfecto?

Aprovecharé que tienes que viajar a Barcelona, le dijo ella, para ir a ver a mi madre a Calatayud.

Ambos tomaron sus maletas y se despidieron con un tierno beso en la resignada mejilla:

veinticinco años de matrimonio no suelen dar para más.

Él había conseguido ligarse a una chica estupenda,

separada y liberal, que pagaría los gastos a medias,

y ella, a un joven, alto, guapo, rubio, culto, licenciado en químicas...

Vamos, el polaco repartidor de butano a quien había tenido que sobornar.

El que el matrimonio eligiera el mismo hotel de Benidorm fue

una mera casualidad, producto de increíbles ofertas de temporada baja,

como también lo fue el que ambos pasaran, sin saberlo,  
una noche memorable a escasos metros de distancia:  
ella en la habitación 234 del segundo piso y él, en la 334, del tercero.  
A las 9,30 de la mañana y, por no despertar a su amante  
que dormía plácidamente, cuan largo y rubio era,  
ella salió del cuarto en silencio. Necesitaba saber cómo estaban sus hijos.  
Nada más cerrar la puerta fue consciente de haber olvidado la tarjeta  
en la cajita que hacía marchar las luces de la habitación. Maldijo los estúpidos  
inventos, pero... ¡Ya no había remedio!  
Bajó al hall, envuelta en una discreta bata. Llamó a los chicos y volvió a subir,



sin percatarse de que, somnolienta como estaba, su dedo índice había apretado el botón del tercer piso. Salió del ascensor y se dirigió a la que, pensó, sería la habitación 234. Llamó, primero con sigilo; luego, con premura, diciéndose para sí :“¡Hay que ver estos jóvenes qué sueño tan pesado tienen!” Por fin, la puerta empezó a abrirse, poco a poco, como movida por la duda. Una cabeza calva, con ojos semi-cerrados, asomó por el pequeño resquicio. ¿Qué haces aquí, Matilde?, dijo él en un susurro de terror. ¿Pero tú no estabas en Barcelona? preguntó ella arrebujándose, sorprendida, en la bata. Mañana te cuento, dijo él. Está bien. Mañana hablaremos, contestó ella.

Él, se disculpó con la chica; ella, con el polaco, cuando éste, finalmente, despertó ante el insistente aporreo de la puerta.  
Aquella mañana, la 234 y la 334 pidieron el desayuno en la habitación.  
Al día siguiente, ya vueltos a casa, enfrentaron sus respectivas infidelidades y fueron conscientes de que nada tenían que reprocharse.  
La culpa, finalmente, se la achacaron a Benidorm por tener unas ofertas tan tentadoras fuera de temporada.

Mi amiga Pili lleva años buscando el punto “G” y no lo encuentra.  
Me pregunta a mí, gran ignorante, que nunca he oído hablar del tema.  
La susodicha afirma que corren rumores de que está en el fondo de la vagina. ¿Tan lejos? Pregunto tontamente.  
También dicen que hay hombres que saben llegar a él.  
Resumido: ...No me suena a mí que...  
Nos inunda la duda: ¿No será una de esas patrañas urdidas por los machos de la especie para disimular sus escasas posibilidades orgásmicas?  
Realmente, le digo, no sé porqué lo hacen tan complicado cuando hay otro punto, mucho más asequible, que la mayor parte de los hombres se empeñan en ignorar.  
Claro que ese empieza por C...  
¿No se habrán equivocado de letra?

Después de ocho años de noviazgo, con esporádicos e insípidos encuentros pasionales, se casaron en la Basílica de la Virgen de los Desamparados de Valencia. Varios curas y un obispo les hablaron de fidelidad, fecundidad e indisolubilidad, mientras la madre de ella derramaba falsas lágrimas sobre un horrible traje atiborrado de lentejuelas y pedrería. Salieron un tanto perplejos del templo pensando que hubiera bastado una firmita en el ayuntamiento frente a Rita Barberá. Pero, la tradición es la tradición.  
Terminada la ceremonia, tras los besos babosos y las consabidas fotos cursis, se dirigieron a un restaurante de lujo para celebrar el matrimonio.  
Ellos hubieran preferido un sencillito aperitivo de clóchinas del puerto y paella de alcachofas como plato fuerte, pero ambos padres se empeñaron en entramparse hasta el cuello para quedar bien.  
Cuando acabó la pantagruélica comida, el consabido “que se besen, que se besen”, la tarta nupcial, el baile y la humillante venta de recortes de corbata y trocitos de braguitas de encaje, se dirigieron a un hotel cinco estrellas para “dormir” su noche de bodas, sin rozarse lo más mínimo.  
A la mañana siguiente tomaron un avión para Kankun.  
Y ocurrió que, dos días después, enfrentadas por primera vez sus respectivas manías y sin ganas de consumir el matrimonio, llegaron a la conclusión de que eran incompatibles.

Mejor será volver, pensaron. Pero, el billete cerrado se lo impidió.  
Aburridos como estaban, decidieron darse mutua libertad.  
Ella, se enrolló rápidamente con uno de los guías,  
al que ya le había echado el ojo.  
Él, aprovechó la circunstancia para ligarse a una mujer de morenas curvas.  
Cuando llegó el momento y, sin dirigirse la palabra,  
tomaron el avión de vuelta.  
En el aeropuerto de Valencia esperaban padres, hermanos y tíos.  
“¡Se nota que sois muy felices!” dijo la madre de él.  
“¡Sí, ese semblante tostado, esa sonrisa de satisfacción,  
sólo pueden ser reflejo de unos días inolvidables!”  
dijo la madre de ella —la del espantoso vestido—  
Por primera vez en mucho tiempo los recién casados intercambiaron  
una mirada de complicidad y, dando esquinazo a tanta farsa,  
cada uno tomó un taxi y desapareció. Al cabo de un mes,  
se divorciaron. ¡No hay nada como seguir las tradiciones!

Nos encontramos hollando veredas perdidas.  
Dejé que me siguiera. Todavía me pregunto porqué  
Era dócil y amable; quizás anodino; un tanto triste.  
Durante meses surcamos horizontes. Se podía soportar.  
Hasta aquél día en que trató de imponerse.  
No lo pensé dos veces. ¡Tuve que devolverle a la perrera!

Soy ingeniera de caminos, canales y puertos.  
Hace años que trabajo en una empresa de Consulting.  
Tengo un jefe: madurito, agradable.  
El primer día me pidió que le trajera un café.  
Naturalmente, me negué. Las cosas claras: no soy ni su criada...  
¡Soy ingeniera de caminos, canales y puertos!  
Al mes, me pidió que comiéramos juntos.  
Acepté porque se trataba de una comida de trabajo.  
Subí a su descapotable rojo: pijo y divorciado, pensé. Es lo típico.  
Intentó cogerme la mano y, naturalmente, me negué.  
Las cosas claras: no soy ni su amiga, ni su secretaria  
¡Soy ingeniera de caminos, canales y puertos!  
Dos semanas más tarde, me invitó a cenar:  
Rolls con chofer, restaurante de lujo, gran reserva.  
¿Una copa en su casa? No sé por qué, pero acepté:  
piso imponente, algo descuidado, hombre al fin y al cabo...  
Intentó desnudarme y me negué.  
Las cosas claras: no soy su amante

¡Soy ingeniera de caminos, canales y puertos!  
Ahora, ocho años después,  
recojo del colegio a sus niños, repaso con ellos las lecciones,  
les baño, les doy de cenar y les acuesto.  
Cuando llega a casa tiene la mesa puesta y la muda preparada  
para el día siguiente. Paso la aspiradora, lavo y plancho su ropa.  
Los fines de semana, conduzco el Rolls  
Y es que, en estos momentos, no soy tan sólo  
ingeniera de caminos, canales y puertos,  
sino también: secretaria, recepcionista,  
niñera y maestra de sus hijos, además de asistenta.  
A veces, incluso, sin gloria alguna, su amante.  
Las cosas claras: me he casado con él.

No soy capaz de tender la ropa perfectamente colocada en la cuerda,  
y sujetarla con pinzas de colores.  
No soy capaz de cocinar siguiendo recetas de Arguiñano  
o de Arzak, ni siquiera de Simone Ortega.  
No soy capaz de coger la aspiradora,  
enchufarla y absorber, con pausa, el polvo tontamente acumulado.  
Al planchar, no soy capaz de doblar, con mimo,  
camisas, sábanas, pañuelos y toallas; incluso, calzoncillos de algodón.  
En resumen, no soy capaz de ser, lo que se dice,  
una auténtica ama de casa.

Y, sin embargo, aunque mal: tiendo la ropa,  
cocino, limpio y plancho  
y, además, PIENSO

¡Y lo bien que lo pasemo en el entierro la Trini!  
Era mi amiga, ya lo sé, pero....  
el muerto al hoyo y el vivo... Ya se sabe.  
Nos habíamos criaio juntas allá en el pueblo;  
vamos, que éramos la mar de amigas...  
Y, ahora, mírenla ahí, tiesa como si la hubieran almidonao.  
¡Hay que ver lo que ha cambiao tó!  
Antes, se lloraba más a los muertos, y, sin salir de casa.  
Al día siguiente del óbito los mozos se llevaban al fiambre  
hasta el cementerio, a hombros. ¡Como tié que ser!  
Pero, ahora no. Ahora ¡venga! ¡Tós al tanatorio!  
¡Una pasta que le costó a la familia la Trini  
y eso que llevaban años pagando la mutua!  
“Que si las coronas con cintas pá que la difunta sepa quién no la olvida...”  
¡Ni que la pobre pudiera leerlas!  
“Que si un ataúd de caoba pá que la difunta descanse en paz”  
Total, pá un rato, digo yo...;  
“Que si el responso con cura de sotana, como los de antes, que resulta más serio”  
Y, hasta un tentempié de lo más apañao.  
¡Ah! Y varios coches pá que la familia llegue pronto a onde se chamusca.  
Tó calculao. Tó pensao. A la hora en punto.  
No he visto ná tan organizaio en la vida... Mejor dicho... en la muerte.  
Y, claro, al final, el cachondeo padre: Tós medio borrachos,  
contando chistes verdes, tiraos por el suelo de la risa...  
“¿Cómo está el Juanico?” “¿Y tu padre?” “¡Ah... que se murió!”  
¡Cuánto lo siento!” Y, venga de reír...  
“¿Y tu madre?” “¿Qué no ha podío venir porque está lisía?”  
¡Y, anda que no le hubiera gustao! ¡Menuda juerga se está perdiendo!  
¡Cuando se lo cuente, ni se lo va a creer!”

¡Tós rie que te rie a costa la Trini !  
Y, mientras, la pobre, ahí, tras el cristal,  
bien iluminá, eso sí, enseñando su cara de muerta.  
La gente se asoma, la mira; a veces, se santigua, pá disumular  
y luego, ¡A papear y a la juerga!  
¡Mira que ha tenío mala suerte la Trini!  
¡Pá una vez que es protagonista  
y, ni se ha enterao!

Le conoció en un café literario. Algo mayor para ella,  
pero hermoso en su bagaje de años vividos,  
en su labia de maestro picaflor.  
Enseguida supo que aquello no podía durar;  
que ese hombre se cansaría pronto  
de la monotonía del abrazo.  
Pero, no le importó. En el fondo, también ella era así.  
Disfrutaron plenamente del mes y medio  
de pieles sorprendidas y sonoros orgasmos.  
Luego, él empezó a aburrirse y quiso hablar.  
Ella se le adelantó: “Creo que será mejor  
que no volvamos a vernos”, le dijo.  
La sorpresa fue grande, como también lo fue  
su masculino deseo de otro encuentro.

¡Nunca le había dejado una mujer!  
Se puso tan pesado que ella acabó por aceptar,  
condicionando la cita a una posterior despedida.  
Él inventó, aquella tarde, un amor de frustración:  
impetuoso, incluso salvaje, tanto que el condón extra-strong  
acabó por abrirse, derramando en lo más recóndito del sexo de la chica,  
un inesperado y cálido caudal .  
Él, ridículo, pidió disculpas;  
Ella dijo: “No importa”.  
La respuesta le dejó confundido. Por primera vez en su vida  
sintió algo parecido a la angustia. Mientras, la matriz de la chica recibía  
el óvulo ferozmente fecundado.  
Dejaron de verse como ella había decidido.  
Ambos volvieron a la rutina de amores pasajeros.  
Él no se enteró de su paternidad hasta cruzarse con ella,

una tarde, en la Gran Vía de Madrid.

“¿Eso es mío?”, preguntó, señalando el vientre de la chica.

“Por supuesto”, le contestó ésta.

Se quedó, nuevamente, perplejo

¡Aquella mujer era un nido de sorpresas!

De pronto, una especie de honor quijotesco inundó su espíritu:

“¡Me casaré contigo!”, soltó a bocajarro.

“¡Ni lo sueñes!”, contestó ella.

“Esto (dijo, acariciando el abultado grano) es sólo fruto de un accidente”

Perplejísimo, siguió insistiendo :

“¡Le daré mi apellido; te pasaré una pensión vitalicia...!”

“¡Qué pesado! ¡Déjame en paz!

Tengo un trabajo estupendo y un apellido propio.

No te necesito para nada!

Al niño podrás verle cuando quieras, pero, de boda, ni hablar.

Además, mirándolo bien, la responsabilidad no es tuya;

la responsabilidad, en todo caso, será de Durex”.